



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA **D. Jerónimo Lafuente**, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta

SUMARIO.

Crónica, por Un Teruelano.
Los Carvajales, por D. Angel R. Chaves.
La mariposa, por D. Tomás Camacho.
Historias extraordinarias por Edgard Poe, traducidas por D. Jerónimo Lafuente.
Las lágrimas de una madre, por D. Vicente Moreno de la Tegera.
A fin de curso, por D. Luis Royo Villanova.
Mis recuerdos de agricultor, por D. P. A. de Alarcon.
Origen de las frutas, por Zerabla.
Miscelánea.

CRÓNICA

EN la noche del 23 tuvo lugar la inauguracion de la nueva Fonda del Turia. La concurrencia numerosa y escogida. El se-

ñor Ortiz obsequió á los invitados con tortadas, licores, dulces, café y cigarrros. Hubo música y brindis y los convidados salieron complacidísimos. Damos las gracias al Sr. Ortiz por habernos contado entre estos y le deseamos muchas ganancias. La fonda se halla situada en sitio excelente, las habitaciones son alegres, el pincel de nuestro amigo Gisbert ha dado al espacioso comedor aspecto de lujoso salon digno de cualquier hotel de primera. Falta solo que acudan muchos viajeros y huéspedes y encuentren en la nueva fonda limpieza, comodidad, buen servicio, y todas las demás circunstancias que acreditan á establecimientos de esta clase; más como esto último depende del fondista y el Sr. Ortiz es inteligente y activo y cuenta con medios para llevar adelante su pensa-

miento, creemos que ha de prosperar y de ello nos alegraremos.

Se han verificado los exámenes en las escuelas públicas y privadas de esta capital. Según nos han informado, las Comisiones han terminado su misión quedando altamente complacidas del estado actual de la primera enseñanza.

La distribución de premios tendrá lugar el 25 de Julio próximo con la solemnidad de costumbre. Y aquí está la parte dolorosa para los maestros y maestras, porque los premios son menos que los niños y niñas que los merecen, y aun cuando así no suceda, algunas mamás (papás presumimos que nó), creen que sus hijas merecen premio, y de aquí los enfados, y las envidias, y las desazones y los disgustos; y todo viene á recaer sobre los maestros que tienen que aguantar el que les llamen aduladores unas veces, injustos siempre y otras lindezas por el estilo.

El jueves 3 tendrán lugar las exequias que anualmente se celebran por las víctimas habidas en el año 1874 á consecuencia de los ataques que dirigieron los carlistas á esta ciudad.

Hé aquí el Decreto, que muchos de nuestros lectores no conocerán, publicado en la *Gaceta* del 15 de Julio de dicho año.

«Presidencia del Consejo de Ministros.—Guerra civil.—Defensa de Ciudades.—Concesion del título de Heróica á la de Teruel.—Creacion de una medalla para sus defensores.—La Muy Noble, Fidelísima y Vencedora ciudad de Teruel acaba de añadir un nuevo timbre á sus gloriosas tradiciones defendiendo sus murallas con tal denuedo y tan valerosamente que los

constantes enemigos de nuestras libertades y del sosiego público han tenido que desistir de su empeño despues de haber sido rechazados con pérdidas considerables. Aquellos heróicos habitantes mostraron con su ardor en la defensa que son dignos hijos de sus mayores, y con su desprendimiento despues, negándose á recibir toda recompensa por su accion gloriosa, la abnegacion de que están poseidos: que no quieren más premio aquellos valientes que la satisfaccion de haber cumplido como buenos, dando un público testimonio de su acendrado amor á las libertades pátrias.—Y deseando inmortalizar la gloria de tan esforzados hijos y presentarlos á la admiracion y ejemplo de sus conciudadanos.—Vengo en decretar lo siguiente:—Artículo 1.º La Ciudad de Teruel añadirá á sus antiguos timbres el título de Heróica.—Art. 2.º Se crea una medalla para conmemorar el heróico comportamiento de sus bizarros defensores.—Artículo 3.º La medalla suspendida de una cinta con los colores nacionales será de bronce, y llevará en su centro el escudo de Teruel y en la circunferencia la siguiente inscripcion: A los defensores de Teruel, la Patria agradecida.—3 de Julio de 1874.—Madrid catorce de Julio de mil ochocientos setenta y cuatro.—Francisco Serrano.—El Presidente interino del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta.»

Dice *El Dia*, y dice bien:

«No puede menos de producir impresion dolorosa en el ánimo de los que desde campo neutral presenciamos las luchas agitadas de la política, ver el sañudo encono con que se tratan unas á otras las diversas fracciones que se disputan el poder.

Sobreponese la pasion á la prudencia; vence el despecho á la justicia;

truécase en enemigo irreconciliable el adversario, y ni la edad, los servicios y los merecimientos se respetan cuando se trata de juzgar á los que militan en distinto campo.

¿Juzgan los fusionistas ó los demócratas al Sr. Cánovas del Castillo? Pues en vano el eminente hombre de Estado se ha elevado desde la oscura esfera social en que naciera á los primeros puestos, perseverando en el estudio, insistiendo en inteligente trabajo, ilustrando la tribuna, enriqueciendo con obras históricas y literarias el caudal de la literatura patria; el Sr. Cánovas, para sus adversarios políticos, no es más que vulgar figura y conjunto de ambiciones, que se resuelven en impotencias.

¿Se ocupan en la personalidad del Sr. Sagasta los conservadores? Pues el ingeniero que se distinguió en su carrera, el tribuno fogoso que consagró á la libertad su elocuente palabra y el reposo y la tranquilidad de su vida, el que sufrió persecuciones y ha prestado á su patria evidentes servicios, no será para sus adversarios más que el hombre del tupé y del morrion, un político adocenado á quien ha favorecido la suerte con menoscabo de la justicia.

Castelar, la gloria de la tribuna española, el orador á quien el mundo civilizado admira, el escritor ilustre que extiende el nombre de España por las más acreditadas revistas del extranjero, el hombre laborioso que después de haber ocupado las más altas posiciones de su país, pide al trabajo honrado de su envidiable pluma lo que necesita para la vida, no es para sus desconsiderados adversarios otra cosa que el ruiseñor que repite sus trinos; y mientras en el mundo culto se comentan sus discursos, se estudian y se admiran sus obras, envidiando á España esta ilustre personalidad, aquí se le pone en solfa, y un día se le dice

que cante misa y otro que se retire, olvidando el rencor y el apasionamiento los servicios que el ilustre tribuno ha prestado en críticos momentos á su patria.

¿Qué pena causa esto! Cómo desgarrá el alma ver injustamente tratados por la pasión política á hombres tan respetables como Pí y Margall, de condiciones tan brillantes como Moret, de talento tan vasto y tan cultivado como Carvajal, de historia tan honrada como Moyano, de integridad de carácter y de mérito tan evidente como Silvela, de elocuencia tan portentosa como Martos, de laboriosidad tan inteligente como la de Alonso Martínez, gloria del foro.

Cuando un hombre, como el duque de la Torre, por ejemplo, ha llenado con su nombre la historia contemporánea y ha sido elevado á la jefatura suprema de la nación, parecia natural que mereciese respetos. Pero nada de esto; que realice, siguiendo impulsos de su conciencia, actos que disgusten á sus adversarios, y los que más le aplaudieron serán los que más le maltraten.

¿Qué consiguen con esto los partidos? Que la opinion pública se separe de ellos considerando con menosprecio la política y los que en ella se ocupan, y que produzcan indignacion y desprecio esas luchas de ódios, de pasiones y rencores.

Se debe tener en la defensa de lo que se cree justo, entereza: se deben defender las ideas que la conciencia dicta como buenas, con decision y entusiasmo; honradez es no transigir con el error del adversario, y mérito combatirle.

Oponer ideas á ideas, razonamientos á razonamientos, criticar, censurar, combatir sin tregua al adversario, es deber del que aspira á lo noble y á lo bueno; pero en esas luchas de la inteligencia, respétense las personas, tén-

ganse en cuenta los merecimientos, no se pida al chiste que hiere y no convence, lo que puede dar la razón, y no sea instrumento de la justicia la sátira mordaz, que no repara, para buscar efecto, en llegar hasta los repugnantes dominios de la desvergüenza.

¿Qué condiciones de orden, de moralidad, puede haber en un país donde la pasión política no respeta el sagrado de la vida privada, ni la autoridad de las más altas magistraturas?

¿Qué razón puede haber para hacer de los afectos del alma de un hombre político arma para combatirlo? ¿Cómo los que hoy no saben unir al ataque lícito al gobernante con el respeto á la persona, querrán exigir mañana esta imparcialidad para los suyos?

¿Cómo ha de haber turno pacífico de los partidos, ni se han de realizar los ideales constitucionales, si los que llegan juntos á los pies del trono, á la sombra misma del régio sôlío se exaltan y se escarnecen?

A nadie censuramos en particular; combatimos un vicio pernicioso de nuestras costumbres políticas, y por bien de todos y por bien del país anhelamos que se evite en las contiendas el carácter personalísimo que las envenena.

..

Gran alarma han producido las noticias acerca del cólera, y no decimos *pánico* como es costumbre, porque según el Diccionario oficial de la lengua castellana, *pánico* es tanto como temor infundado ó excesivo, y por desgracia no es excesivo ni infundado el temor de que la imprevisión de las autoridades francesas nos cueste cara á nosotros y aun á toda Europa.

Lo que en Tolon ha sucedido es fácil adivinarlo: lo probable es que el buque llegado del Tonkin haya traído tropas de desembarco, que estas hayan

desembarcado sin las precauciones sanitarias que el caso requería, tal vez consintiendo las autoridades por efecto de la presión á que tan ocasionado es el pueblo francés en ciertas circunstancias, y que las tropas infestadas se hayan derramado por la población sin precaución ninguna, llevando por ella el contagio.

Los franceses fueron los primeros que poco há se indignaron al ver que el gobierno inglés no quería tomar ciertas precauciones con las procedencias de Egipto y la India donde reinaba el cólera, y ahora han incurrido ellos en falta infinitamente más indisculpable que la de los ingleses, que si son capaces de incurrir en la de egoísmo comercial, no lo son de incurrir en la de imprudencia de otro género.

Es necesario, pues, que nuestras autoridades, y muy particularmente las de los puertos del Mediterráneo, secunden con energía las disposiciones del gobierno, tanto más cuanto há tiempo que la ciencia y la experiencia han reconocido que el cólera únicamente se trasmite por el contacto mediato.

Tristísimo es considerar que recientemente nos libramos del terrible azote que reinaba en las opuestas riberas del Mediterráneo, y hoy, por imprudencia de la administración francesa, descarga sobre nosotros, ó poco ménos, desde las lejanas regiones del Tonkin!

Un Teruelano.

LOS CARVAJALES.

(Tradición Histórica.)

I.



ORRIA el año de 1312, ocupaba el trono de Castilla Fernando IV, y los moros, acosados por las huestes de los monarcas cristianos, se parapetaban ya con cierto desaliento detrás de las

montañas que separan la Andalucía de Castilla.

El infante don Pedro, hermano de Fernando IV, perseguía de cerca á las huestes agarenas y amenazaba plantar el estandarte de la cruz sobre los alminares de Alcaudete, que recientemente habían perdido los castellanos. Los recursos faltaban al infante, y apremiaba á su hermano á que le mandase hombres y máquinas de guerra. Fernando, mas entregado á los placeres que cuidadoso del éxito de sus empresas, no dejó descuidar las pretensiones de don Pedro. Cuando despertó de su letargo, se dirigió él mismo á la villa sitiada con objeto de coadyuvar al triunfo.

En Palencia le sorprendió la feliz nueva de que Alcaudete había cedido al fin.

En aquella ciudad aconteció un hecho extraño.

Un caballero de la noble casa de los Benavides, que servía al monarca y que gozaba de su favor en gracia á los relevantes servicios que le había prestado, al salir una noche de la regia morada, fué acometido de pronto por unos cuantos enmascarados que no le dejaron ni tiempo siquiera de desnudar la espada.

El primer albor del día siguiente, alumbró su cadáver, atravesada la garganta por uno de los puñales llamados de *miser cordia*.

De averiguar se trató quién hubiera podido darle la muerte, pero la única huella que del crimen pudo hallarse, fué un lienzo bordado en oro y una llave que el caballero guardaba cuidadosamente en la escarcela. La marca del pañuelo correspondía á una dama á quien públicamente galanteaba el rey.

La justicia presentó antes de nada aquellas prendas al monarca.

Este palideció, guardó cuidadosamente los objetos, y encomendó á los que los habían hallado, el mas escrupuloso secreto, bajo pena de muerte.

Después, el mismo Fernando IV prometió hacer por sí cuanto en su mano estuviera por encontrar á los asesinos.

En Palencia residían á la sazón dos hermanos dechados de la nobleza, prototipos del honor castellano, y que en mas de una ocasión habían derramado su sangre en defensa del trono y de la cruz. Sus nombres eran don Juan y don Pedro de Carvajal.

Algunas diferencias había abido entre aquellos nobles caballeros y el muerto Benavides; álguien había escuchado no muchos días antes unas palabras cruzadas entre uno de ellos y el difunto, y de las que se colegía que ambos puestos los ojos en una misma dama tenían, y esto bastó para que el monarca mismo se

apresurase á mandar encarcelar á los dos hermanos Carvajales.

La tradición cuenta que al verse rodear de gentes de armas, el mas joven de los dos, sin saber aun el crimen que se les imputaba, murmuró:

—Harto claro se ven aquí los celos, pero si determinada mi muerte se tiene, pudieran hacer caer sólo mi cabeza y respetar la de mi hermano.

II

Poco después, el rey, deseoso de seguir á su valeroso hermano el infante don Pedro, que una vez tomado á Alcaudete se disponía á poner cerco á Alhama, había pasado á la villa de Martos.

Como si el ultimar el proceso de los hermanos Carvajales le corriera extremada prisa, los había hecho conducir con su corte.

Las más horribles pruebas de los bárbaros tormentos á que en aquella época se sujetaba á los reos, sólo habían conseguido poner mas y mas de manifiesto la ignorancia de don Pedro y don Juan de Carvajal en el asunto de la alebrosa muerte dada á Benavides.

No obstante, la autoridad real se dió por satisfecha con la deposición de los testigos que había dado á conocer los disturbios ocurridos entre los Carvajales y el muerto y aquellos fueron condenados á la última pena.

Los reos escucharon la sentencia sin palidecer. Habían visto frente á frente la muerte tantas veces en el campo de batalla, que no era mucho que la miraran ya como á una antigua amiga.

Cerca de Martos se levanta un peñón cortado á pico. Su altura es inmensa, su rápida pendiente está erizada de agudas puntas. Fernando IV, llevado sin duda del mucho amor que al asesinado caballero profesaba, no quiso dar á sus presuntos matadores ni el consuelo de la cnchilla del verdugo. La peña de Martos con sus erizados picos debía desgarrar las carnes y macerar los huesos de los infortunados Carvajales.

A las primeras horas del día, cuando ya el sol se hubiera mostrado en toda su esplendidez si las espesas nubes que encapotaban el cielo no le hubieran cubierto con sus cendales, como queriéndole privar de la vista de los horrores de la tierra, un fúnebre cortejo atravesaba la apiñada multitud que desde la villa hasta la falda de la peña se extendía.

Un piquete de archeros marchaba delante, algunas lanzas le seguían á corta distancia, y detrás, entre las negras y pardas cogullas de una verdadera falange de frailes, y precedidos de un ataúd descubierto y vacío, con la frente

alta, la mirada severa y los brazos sujetos por fuertes cordeles, marchaban los dos hermanos Carvajales.

El pendon en que se ostentaban las armas de Castilla, una alzada cruz, que parecía abrir sus brazos amorosos á los que iban á morir, y un grueso peloton de hombres de armas cerraban la marcha.

En el aire solo se oía el fúnebre tañer de las campanas y la enronquecida voz del pregoneiro, que gritaba:

«Esta es la justicia que nuestro don Fernando IV, rey de Castilla y de León, manda hacer en las personas de don Pedro y de don Juan Carvajal, por asesinos alevosos y traidores.»

Un momento después, la comitiva llegaba á la peña. Por una escabrosa vertiente que conducía á su cima subieron todos. El rey Fernando contemplaba desde abajo la horrible ceremonia.

El abierto ataúd iba á encerrar vivos y fuertemente atados á los dos hermanos. La voz de los clérigos que entonaban los Salmos, enmudecía en sus gargantas ante tanto horror.

De repente, el menor de los hermanos se yergue en la cima de la peña, sus ojos buscan entre la multitud la figura del monarca, y con voz estentórea exclama:

—Rey don Fernando, morimos inocentes; tú mejor que nadie lo sabe. Delante del tribunal inapelable á que dentro de un momento vamos á comparecer, te emplazamos para dentro de treinta días.

Dichas estas palabras, la tapa del ataúd cayó pesadamente. Un poderoso impulso hizo rodar las frágiles tablas por las escabrosidades de las peñas, y por encima del grito que lanzó la multitud aterrada, se escuchó el áspero crujido de los huesos que al escaparse del ataúd se despedazaban en la roca.

Hasta los ecos que los dos cráneos producían al botar de piedra en piedra, parecían distinguirse de los otros ruidos.

Cuando el terrible suplicio terminó, Fernando IV, cubierto de un frío sudor, había caído desvanecido en el sitial en que se reclinaba.

III.

Hacía treinta días justos que los hermanos Carvajales habían sido despeñados de la cima de Martos; era el jueves 13 de Setiembre de 1312.

Fernando IV se encontraba en Jaen. Una extraña melancolía le tenía abatido y enfermo. La soledad le espantaba. Las sombras de la noche estaban para él pobladas de fantasmas que le producían terribles espasmos.

Aquella tarde, rendido por el sueño y la fa-

tiga, se acostó vestido en el lecho.

Uno de sus pajes velaba su sueño en la estancia inmediata.

De pronto, un grito ronco y espantoso, hizo entrar al paje en la cámara real.

Fernando IV se retorció entre las convulsiones de la más espantosa agonía.

Al ver al paje, sólo pudo articular estas palabras:

—Míralos; el plazo se ha cumplido. Hoy hace treinta días. ¡Eran inocentes!

El paje tendió la vista hacia el rincón de la cámara que la crispada mano del rey le señalaba.

Lo que allí vió nadie lo ha sabido. Al salir de la estancia estaba loco. El rey acababa de espirar.

IV.

¿Qué hay de real en esta tradicion? Solo el que sepa determinar el punto en que la luz se extingue y la sombra comienza, puede decirlo.

El emplazamiento y la muerte del desventurado monarca hechos históricos son.

Si las sombras de los Carvajales no aparecieron realmente en torno del lecho en que el rey de Castilla lanzaba su último aliento, la conciencia basta para evocar el recuerdo del crimen.

La Historia, que tambien su conciencia tiene, ha cumplido su mision cuando al legarnos el nombre de Fernando IV le apellida siempre el *Emplazado*.

Angel R. Chaves.

LA MARIPOSA.

—En el campo estuve, madre para cogerte unas rosas

de esas que tanto te gustan, de esas que tanto ambicionas.

—Y dime, ¿las has traído?

—Madre querida, perdona, pues cuando á cogerlas iba

vi una linda mariposa

que con sus alas doradas

pasó rozando mi boca;

y era tan bella... tan bella,

que me olvidé de las rosas

y la perseguí anhelante

arrojándola mi gorra

por ver si la aprisionaba...

Ella en formas caprichosas

se elevaba algunas veces,

á tierra bajaba otras

y yo tras ella corría
con ansia creciente y loca.

¡Cuántas veces he creído
tenerla bajo mi gorra,
y cuántas ¡ay! he llorado
al verle huir presurosa...

He atravesado el valle,
y si las negruzcas sombras
no me hubiesen advertido
que la noche estaba próxima
y lejana mi vivienda,
aun estaría á estas horas
corriendo, madre, corriendo
tras la linda mariposa.

—¡Hijo querido! las frases
pronunciadas por tu boca,
llenan de pesar mi alma...
¿Con que olvidaste las rosas
por correr tras del insecto
de aterciopelada ropa?...

¡Ay! cuan temprano te engañan
las ilusiones traidoras!
Las flores que á mi me gustan,
además de ser hermosas,
tienen oculto en sus pétalos
deliciosísimo aroma;
y el insecto que, anhelante
perseguiste, hora tras hora,
solo polvo, solo polvo
tiene en su brillante ropa.

Cuando llegues á ser hombre
otras lindas mariposas
encontrarás y en pos de ellas
correrás con ansia loca.

Quizás olvides tu madre;
quizá olvides á tu esposa;
quizá olvides cuanto tenga
de la calma el dulce aroma
¡ay! que pueden mucho, mucho,
las ilusiones traidoras!

Tomás Camacho.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS por Edgard Poe.

I.

Lo que hubo de cierto en el caso de M. Valdemar.

No extraño que el caso extraordinario de M. Valdemar haya excitado grandes discusiones; mas extraño sería que no hubiese sucedido así. El deseo de todas las partes interesadas en ocultar el hecho, al menos por ahora, y nuestros esfuerzos para asegurar el buen éxito, han dado lu-

gar á que se haya contado el hecho con exageracion, y presentándolo con los mas falsos colores al público, entre el cual ha pasado como una de tantas fábulas inverosímiles. Hoy creo ya necesario referir los hechos como pasaron, aunque sucintamente. Helos aquí.

Durante estos tres últimos años me ha preocupado la idea del magnetismo, y hace como unos nueve meses que en la serie de experiencias hechas hasta hoy, había una gran laguna: nadie había sido magnetizado, *in articulo mortis*.

Era preciso probar si en tal estado existía en el paciente una receptibilidad cualquiera de influjo magnético y en caso afirmativo, si esta receptibilidad se atenuaría ó aumentaría en tales circunstancias, y hasta qué punto ó por cuanto tiempo la accion de la muerte, podía ser detenida por la operacion. Esto es-citó mi curiosidad.

Buscando un medio de llevar cabo mi pensamiento, me acordé de mi amigo M. Ernesto Valdemar, compilador bien conocido de la Biblioteca forense y autor de las traducciones polonesas de Valleustein y Gargantua.

M. Valdemar que residía en Harlem (Neu-York) desde el año 1839, me pareció á propósito para la experiencia; era estremadamente flaco, y la blancura de sus patillas contrastaba con su cabellera negra: su temperamento era singularmente nervioso, y á mi entender un buen tipo para experiencias magnéticas.

Ya en dos ó tres ocasiones le había yo hecho dormir facilmente; pero su voluntad no estaba nunca positiva ni enteramente sometida á mi influencia, y respecto al discernimiento, no obtuve resultado alguno en las pocas pruebas que hice.

Un mes antes de la época en que yo le conocí, los médicos le declararon atacado de una tisis bien caracterizada.

Hablaba de su fin próximo con la mayor sangre fria, y como de una cosa que ni podía ser evitada ni sentida.

Conociendo yo, pues, la sólida filosofía de aquel hombre, le hablé francamente del asunto y no sin sorpresa, observé que se tomó un interés vivo por complacerme, tanto mas, cuanto que aunque se había sometido siempre á mis experiencias, nunca había manifestado simpatías hácia aquella clase de estudios.

Su enfermedad era de aquellas cuyo desenlace puede calcularse casi con exactitud, y M. Valdemar convino conmigo en que enviaría á buscarme veinticuatro horas antes del término marcado por los médicos para su muerte.

II.

Hoy hace siete meses que recibí la siguiente carta.

Mi querido Poe.

«Podeis venir en seguida. D. y F. acaban de decir que no pasaré de las doce de la noche de mañana y yo creo que han calculado bien. —Valdemar.»

Recibí la carta media hora despues de haber sido escrita, y á los quince minutos ya me encontraba en la alcoba del moribundo.

No le habia visto desde hacia diez dias y me espantó la terrible alteración que se habia verificado en él en tan corto intervalo. Su rostro tenia el color de plomo, los ojos enteramente apagados, y habia enflaquecido tanto que los juanetes habian agujereado la piel de su cara. La espectoración era escesiva y el pulso apenas sensible. Conservaba, no obstante, todas sus facultades intelectuales y cierta cantidad de fuerza física.

Hablaba distintamente: tomaba sin ayuda algunos paliativos, y cuando yo entré en su habitacion se ocupaba en escribir algunas notas en su agenda. Estaba sostenido por dos almohadas y los doctores D. y F. le cuidaban.

Despues de haber apretado la mano á Valdemar, llamé á los médicos aparte y me dieron cuenta detallada y minuciosa del estado del enfermo. El pulmon izquierdo estaba hacia diez y ocho meses en un estado cartilaginoso y, por consecuencia, completamente inútil para toda funcion vital. El derecho, en su parte superior estaba tambien osificado, si no en su totalidad, al menos parcialmente, mientras que la parte inferior no era más que una masa de tubérculos purulentos mezclados unos con otros. Tenia muchas perforaciones profundas y en un punto habia adherencia permanente de las costillas. Estos fenómenos del lado derecho erán de fecha más reciente. La osificacion habia marchado con una rapidez desacostumbrada, porque un mes antes no se habia descubierto todavía síntoma alguno, y la adherencia habia sido notada tres dias antes. La opinion de los médicos era que M. Valdemar moriría al dia siguiente domingo hácia media noche: estábamos en sábado y eran las siete de la tarde.

Al dejar la cabecera del enfermo para hablar conmigo los Médicos, habian dado á M. Valdemar el último adios; pero á fuerza de ruegos consintieron en volver á ver al paciente á las diez.

III.

Cuando se marcharon conversé libremente

con M. Valdemar acerca de su próxima muerte y sobre todo acerca del experimento que nos habíamos propuesto. Él manifestó siempre buena voluntad y me rogó que empezase pronto.

Allí teníamos un hombre y una mujer á nuestro servicio; pero no me atreví á emprender tan grave tarea sin otros testigos de más confianza, tanto para el acto como para que contaran lo que iba á suceder.

Dispuse la operacion para las ocho, en cuya hora llegó un estudiante de medicina conocido mio.

Pensé esperar á los médicos, pero me decidieron á empezar en seguida la operacion las excitaciones apremiantes de M. Valdemar, y la conviccion en que yo estaba de que no tenia un instante que perder, por que mi amigo se moria á galope.

Mi compañero accedió á tomar notas de cuanto sucediera.

Eran las ocho menos cinco minutos, cuando tomando la mano del paciente, le supliqué con toda formalidad que dijese delante de mi compañero cuál era su deseo y si era cierto que habíamos convenido en que yo hiciese en él una experiencia magnética en aquellas circunstancias.—Si deseo ser magnetizado, y me temo que empecéis tarde, contestó M. Valdemar débil pero distintamente.

(Se continuará.)

(Traduccion.)

Ferónimo Lafuente.

LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE.



QUANTO es siempre recordar los sucesos que pasaron, tal vez porque en esa ojeada retrospectiva los hechos reales aparecen con la encantadora vaguedad del ensueño, tal vez porque al abismarse la imaginacion en los recuerdos de ayer, nuestro pensamiento se distrae de los pesares ó amarguras del presente.

¿Quién no ha sentido la necesidad de soñar despierto?

«Dicha es soñar, cuando despierto sueña
el corazón del hombre su esperanza.»

Esto ha dicho el poeta, y es cierto; pero acaso es mucho más bello soñar con lo pasado que rejuvenece nuestro sér.

En esos momentos vemos á nuestro lado, con los ojos de la fantasía, á los seres queridos que ya no existen; palpita el corazón al impulso de aquellos juveniles afectos, y parece como que renacen la fé y el entusiasmo que entonces nos animaban.

La imaginación del hombre es un archivo de recuerdos.

Yo, como índice de este archivo, conservo mi *Diario de viajes*.

A él acudo cuando, fatigado de la lucha continua del presente, quiero recrearme con los gratos recuerdos de un pasado siempre venturoso á los ojos de la imaginación.

Lo que hay en ese *Diario* de estudio más ó menos serio, de costumbres extrañas de otros países, de descripciones, de la impresión que en mí produjeron los monumentos de la antigua Grecia, las ruinas de civilizaciones pasadas, el esplendor ó la belleza de populosas ciudades, es ya del dominio público.

Pero en ese *Diario* existen páginas que hacen referencia é impresiones ó sucesos completamente extraños á mis viajes, y que he tenido olvidadas hasta hoy.

¿Por qué? Yo mismo lo ignoro.

Y sin embargo hay en esas páginas apuntes muy curiosos, y el que hoy al acaso encuentro, encierra una historia interesante.

El apunte á que me refiero, al pié de la letra dice así:

«Noviembre de 1872 (á bordo del vapor «Antonio Lopez».)—Nos encontramos á la altura de las islas Bermudas. Tiempo borrascoso, viento duro y mar gruesa de proa. Anoche fuimos sorprendidos por un «contraste» que llegó á inspirar serios temores á la tripulación y no poco susto á los pasajeros. Los que se albergan en cámara de tercera son dignos de compasión, y entre ellos vimos rodar sobre cubierta una pobre mujer cuya interesante historia nos ha sido referida hoy. Es una heroína del amor maternal.»

La historia de esa mujer no está consignada en mi *Diario*, pero sí en el archivo de mi imaginación.

Esa historia merece ser referida; pero antes de hacerlo, conveniente será explanar el anterior apunte, hartamente concreto, como todos los míos.

Navegábamos con viento fresco, y el barco llevando desplegado todo su aparejo, gávias, juanetes, sobres, alas, rastreas, cangrejas y foques, é impulsado además por su poderosa máquina, se deslizaba sobre las olas con vertiginosa celeridad, ligeramente inclinado sobre la banda de estribor.

El sol acababa de ocultarse hundiéndose en las aguas, y la noche cerró oscura y sombría.

Ni una estrella brillaba en el alto firmamento.

El cielo y la mar aparecían con la misma espantosa negrura, solo por un instante disipada por la cárdena luz de los relámpagos, que brillaban á la par en distintos puntos del horizonte.

El viento presentaba rachas duras, arbolando alguna mar; pero todo esto sucedía á popa, y lejos de ser un peligro, era una ventaja para nuestra navegación.

De repente salta el viento al opuesto lado del cuadrante... Ya lo tenemos de proa, pesando sobre las velas con fuerza increíble... Crujen los palos amenazando desgajarse, rechinan todas las cuerdas del buque, y este vacila en su marcha levantándose de proa, no de otra manera que como un caballo brioso, lanzado al escape, se detiene y se encabrita ante un obstáculo que le aterra.

Este cambio del viento recibe el nombre de *contraste*.

La mar arbolada de popa nos alcanza; las olas que levanta la nueva dirección del viento baten la proa... El buque está en medio de un torbellino de agua que con sordo ruido, salvando las bordas, cae sobre cubierta, y, para aumentar lo crítico de la situación, descarga un chubasco torrencial.

Los instantes son preciosos. Un solo momento de vacilación, y queda el buque desarbolado.

Pero la serenidad del piloto que manda la guardia primero, y la del capitán después, salvan el conflicto.

Cambia de rumbo el buque, se carga el aparejo, y todo queda reducido á correr un tiempo más ó menos duro.

Pero en tanto el movimiento del balance es terrible. Los pasajeros de popa se aferran á las mesas y divanes; lo mismo harán los que ocupan la cámara de proa... Pero vienen sobre cubierta muchos infelices soldados procedentes del ejército de Cuba, vestidos con ligeros trajes de hilo que no les preservan del frío intenso que se deja sentir, y lástima inspira verlos rodar en montón envueltos en el agua que penetra por el castillo.

Estos acaban de hacer una larga y penosísima campaña, han vertido acaso su sangre generosa, muchos vienen enfermos, y por más que sean excelentes las condiciones de los buques y los deseos de la empresa, no bastan para proporcionar á estos héroes ignorados las comodidades á que son acreedores.

Entre el montón se distingue una mujer que, sin exhalar una queja, permanece abrazada á un soldado.

Hé aquí su historia, que ella misma nos refirió al día siguiente.

Se trata de una pobre lavandera de Madrid. Mientras pasaba horas y horas lavando en las orillas del Manzanares, acaso riendo con sus compañeras, su pensamiento estaba muy lejos, y salvando el inmenso piélago del Océano, que nunca había visto, perdíase entre la espe-

sura de la vegetación tropical para buscar con los ojos del alma al hijo que hacía muchos años partió á la tierra americana.

Su niño, como ella decía, era soldado en Cuba, pero habían trascurrido dos años desde que cumplió el tiempo de su empeño.

¡Ah! no basta que se arranque á los hijos de los brazos de sus madres; que estas los vean partir á la guerra en un país lejano y de clima mortífero; que pasen muchas horas, muchos días, muchos años de angustias y zozobras, sino que cuando ya aquellos han cumplido con su deber sirviendo el tiempo que la patria exige, aun se les retiene con notoria injusticia, expuestos á toda clase de peligros.

Esto pensaba, llorando día y noche, la infeliz madre, preguntándose:

—Si está cumplido, ¿por qué no le dan la licencia absoluta?

Y no le hablan de las necesidades de la guerra, porque siempre tenía este argumento:

—Mi hijo ha servido tantos años á la patria: ahora que vayan otros.

Todos los pasos que dió en Madrid fueron inútiles. Había muchos en el mismo caso que su hijo.

Cansada de sus gestiones, exclamó un día:

—¿No quieren que venga? Yo iré por él.

Ir á la Habana sin dinero, sin recursos, sin influencias, sin relaciones... ella, una pobre lavandera, que no se había separado de las orillas del Manzanares! ¡Locura!

El pensamiento era descabellado.

Y aunque consiguiera llegar á la Habana, ¿qué haría?

Ella misma lo ignoraba.

—Buscar á mi hijo y traérmelo.

No sabía decir más.

Para llevar á la práctica su propósito, comenzó á vender el modesto ajuar de su casa, reuniendo fondos para llegar hasta Cádiz.

El pasaje en el vapor lo obtuvo á fuerza de lágrimas y súplicas, moneda que pocas veces se admite en la plaza.

Sin más equipaje que un pequeño lio, sin más dinero que unas cuantas monedas, sin más recomendaciones que su amor maternal, sin más amparo que el de Dios, desembarcó en la Habana esta mujer decidida.

Su primer paso debía ser procurarse una entrevista con el capitán general, cuyo puesto desempeñaba, salvo error, el conde de Balmaseda.

Pero ¿cómo proporcionarse esta entrevista? ¡Pues qué! ¿no hay más que presentarse con esta pretensión una mujer desarrapada, casi una mendiga?

Inútilmente insistió. La puerta del palacio estaba cerrada para ella.

Pero tenía derecho á la vía pública, y fijó su domicilio, digámoslo así, en la plaza de Armas, frente á la capitanía general.

Cuantas veces el conde de Balmaseda (suponiendo que él fuera el que desempeñaba el mando de la Isla) salía de su palacio, veía aquella mujer, que pugnaba por acercarse al coche.

Pero la volanta partía y la mujer agitaba los brazos como para llamar su atención.

Al volver se repetía la misma escena.

Y así un día y otro.

¿Cómo se mantenía, cómo vivía la pobre madre?

¡Quién es capaz de saberlo!

Como se mantienen y viven tantos infelices que no tienen más abrigo que el cielo, ni más hogar ni más lecho que la tierra.

Por fin el capitán general, sorprendido por esta insistencia, ordenó á su ayudante que tomara informes.

La buena mujer encontró más obstáculos para ver al general que para su viaje de Madrid á la Habana; pero triunfó en esto también.

Le fué concedida audiencia.

Curiosa debió ser la entrevista.

La buena mujer asegura que habló mucho y lloró más; y tales serían sus argumentos y tantas sus lágrimas, que el vencedor en los combates se declaró vencido.

¿Y quién resiste á una petición justa, apoyada por las lágrimas de una madre y por aquel acto que revela un amor sin límites?

El general reconoció la razón que á la pobre mujer asistía, y ordenó que le fuera expedida su licencia al soldado.

No contenta con esto la valerosa madre, activó por sí misma el expediente, partió en busca de su hijo, y á los pocos días se embarcaba con él en el «Antonio Lopez,» loca de felicidad.

¡Había triunfado!

Era esta mujer alta, delgada, de color moreno, que parecía más oscuro porque se hallaba tostado por el sol. Su aspecto era vulgar; pero sus ojos, vivos é inteligentes, tenían una extraña expresión de audacia. Su edad frisaba en los 50 años.

Después de referirnos su historia, quiso que conociéramos á su niño.

El tal niño era un mozo alto, fuerte, robusto, capaz de tronchar entre sus manos el palo trinquete.

Su madre, al mirarlo, perdía su expresión de audacia, y sus ojos, llenos de lágrimas, revelaban sólo una infinita ternura.

El joven se dejaba abrazar, y sonreía como si estuviera orgulloso de su madre.

Al llegar á su patria estos infelices iban á encontrarse sin hogar. Pero ¿qué importaba?

La madre, con su hijo al lado, era la mujer más dichosa de la tierra. Él constituía su tesoro; había temido perderlo y lo encontraba. ¿Quién más rica que ella?

Los pasajeros abrieron en el acto una suscripción. El que menos contribuyó con media onza.

La valerosa mujer vió recompensados sus afanes.

Al llegar á Cádiz, nadie volvió á pensar en ella. El placer es egoísta, y ¡es tan inmenso el que embarga el ánimo cuando se vuelve á pisar la adorada tierra de la patria despues de una larga ausencia!

Seguramente la pobre lavandera habrá vuelto á las orillas del Manzanares; pero ha visto realizado su propósito. Buscó á su hijo, y se lo trajo, como decía.

Emprender sin recursos, casi mendigando, el viaje desde Madrid á la Habana, vencer en fuerza de súplicas todos los obstáculos, triunfar de todas las disposiciones, arriesgarse en la manigua, arrancar á su hijo de los campos de batalla y regresar con él, tal es el hecho que, por inverosímil que parezca, es rigurosamente exacto.

Esa página olvidada de mi *Diario* me ha parecido interesante.

Tal vez me equívoco; pero la sencilla historia demuestra una vez más que no hay obstáculos para el amor de una madre, ni argumento más conmovedor y elocuente que sus lágrimas.

Vicente Moreno de la Tejera.

Á FIN DE CURSO.

Documento bien extraño.
Carla en su epinta su daño
y su rabia y su despecho
un alumno del cuarto año
de Derecho.

Á MI QUERIDO Y JACARANDOSO AMIGO EL SIMPÁTICO POETA
D. EMILIO ALFARO Y MALUMBRES

Zaragoza y á 10 del mes de Junio.
Mi querido papá:
Rendido y agobiado de infortunio
mi corazón está.

Tengo ya unas ojeras que dan miedo
y, con este dolor que á mi alma abrumba,
yo no sé como puedo
ni sostener la pluma.

Sin dormir ni un minuto
he pasado seguida una semana,
estudiando en los libros como un bruto
tarde, noche y mañana.

Y cuando yo pensaba
que iba á sacar *Notable* por lo ménos,
y cuando yo, infeliz, me figuraba
que era mi profesor de aquellos buenos
que hacen justicia y que, por consiguiente,
siempre me dan á mí sobresaliente,
me he llevado el petardo más gigante
que se puede llevar un estudiante.

Cada vez que lo pienso
no sé lo que me pasa...

¡Si me han dado un suspenso
más grande que una casa...!

Si viera usted, papá, lo que lloraba
al ver mi remalísima fortuna...

Y eso que de tres clases que llevaba
he salido suspenso solo en una.
(Verdad que en las demás este es el día
que no me he presentado todavía.)

Pero el caso es que estoy desesperado
y que estoy medio loco
y que, papá, si no me he suicidado
le ha faltado muy poco,
porque si no me agarran con presteza
de aquí, del pantalón,
me arrojo de cabeza
desde la barandilla de un balcon.

Pero esto así no queda, vaya, vaya,
de ninguna manera, lo aseguro,
porque esto, padre, pasa de la raya
y de castaño oscuro.

Lo que conmigo han hecho
ha sido una injusticia, si señor,
suspenderme en Derecho!
¿donde iba yo mejor...!
Esto son ganas, ya, de fastidiarme
y esos señores ¿qué?
¿creen que voy á aguantarme?
Pues no me aguantaré...

Y es que se creen, papá, que estoy en Babia
y el tonto de la clase me hacen ser...

No sé por qué me tienen una rabia
que no me pueden ver...

Yo les aguanto mucho, pero tanto
vamos, que no lo aguanto;
y pues que quieren, se al,
¡fuera ya el disimulo!
al primer catedrático que vea
lo cojo y lo estrangulo;
que ya me importa un pito,
lo digo y lo repito,
de toda la carrera
entera y verdadera.

A un chico como yo, tan aplicado,
á un chico como yo, tan estudioso,

¡no darle ni siquiera un aprobado!
 padre, eso es horroroso;
 y en este mismo instante
 salgo, cojo el sombrero,
 y me encamino á paso de gigante
 á la calle del Pez—20—3.^o
 donde vive lo mismo que un señor
 mi *querido* y *amado* profesor;
 y allí le pediré satisfacciones
 de la mala partida que me ha hecho,
 y como sus razones
 no me dejen del todo satisfecho. .
 lo emprendo á puñetazos
 hasta que ya no pueda con los brazos;
 y despues de ponerlo como un higo
 saldré de aquella casa,
 me iré en seguida, en busca de un amigo
 que sabe lo que pasa
 (y á quien tambien por no sé que locuras
 lo han suspendido en dos asignaturas)
 nos unimos y luego,
 sin perder un minuto,
 les prenderemos fuego
 á la Universidad y al Instituto.
 Y vaya si lo haremos!
 Nada, que me enfurezcan y veremos...

.....
 Conque, adios, papá mio,
 que se cuide usted mucho
 y muchas expresiones á mi tío
 y á mi primo y al *chucho*.
 Todo lo que usted quiera á mi mamá,
 ruegue usted á Dios que cambie mi destino
 y sabe cuanto le ama, buen papá,
 su hijito que le adora—SATURNINO.

Post. Data. Mándeme cincuenta duros
 pues, con estos exámenes,
 he tenido, papá, muchos apuros
 y he tenido vejámenes,
 apuros y vejámenes que me han
 obligado á coger mi buen gaban,
 y un par de tenedores y un anillo,
 y un reloj de bolsillo,
 y una silla de paja,
 y un sombrero de copa con su caja,
 y un pantalon rayado.....
 y así, como entre sueños,
 todo me lo he llevado
 á la casa de empeños.

Necesito mil reales,
 mándemelos juititos y cabales.

Contestacion del papá:
 Teruel 12, Hijo querido,
 tu carta recibí ya
 y mucho me ha sorprendido;
 la verdá.

El suspenso que te han dado
 cierto que ha sido un mal lance
 del cual estoy trastornado...
 vamos, que me ha impresionado
 tu percañe.

—
 Pero lo que yo no admito
 es que quieras engañarme,
 porque, lo digo y repito,
 yo no tengo de bendito
 ni un adarme.

—
 Y dudo mucho que puedas
 darme un mico, Saturnino,
 que aunque tu eres muy *endino*,
 yo no comulgo con ruedas
 de molino.

—
 Conque ¡fuera tonterías!
 No me vengas con folías...
 Si te han dado mala nota
 será porque no sabrías
 ni una jota.

—
 ¿Qué maldices de tu suerte?
 ¿Qué casi te has suicidado?
 Sería cosa de verte...
 Anda, hombre, date la muerte
 sin cuidado.

—
 Cuando ésta recibas, sales,
 coges un par de puñales,
 y mátrate en un segundo,
 que ¡para lo que tú vales
 en el mundo!

—
 Hombre, lo que me ha hecho gracia
 es tu *post-data* sabrosa.
 ¡Dinero! ¡cosa horrorosa!
 ¿Quién se acuerda en su desgracia
 de tal cosa?

—
 Y me dices muy formal
 que estás de fondos muy mal
 y que ponga yo el remedio.
 Pues yo no te envío un real,
 nó, ni medio.

—
 Y además, hermoso, quiero
 que á Teruel vengas porque
 quiero hacerte... *alpargatero*;
 y si no tienes dinero
 vente á pié.

Un capital me has gastado
pero ¡hasta aquí hemos llegado!
Lo dicho, desde mañana
puedes decir que has colgado
la sotana.

Este es, aunque no te cuadre,
mi plan, mi sencillo plan.
Expresiones de tu madre
y hasta la vista. Tu padre

SEBASTIAN.

Luis Royo Villanova.

MIS RECUERDOS DE AGRICULTOR.

POSIBLE es, y hasta casi seguro, pues cosas más raras se vén todos los días en España, que alguno de los pacíficos labradores tengan una vaga idea de que yo existo en el mundo, por haber llegado á la envidiable soledad de sus casas de campo tal ó cual periódico madrileño ó de provincias en que se me citára, probablemente para censurarme, como teólogo, como poeta, como soldado, como periodista, como diputado á Córtes, ó como cualquiera de las demás cosas que he sido consecutiva y aun simultáneamente, por falta de mérito bastante para ser una sola..... Pero de seguro que ningún campesino ni cortesano me ha oído mentar nunca como *agricultor*, ni tiene el más leve barrunto de que yo haya pasado años enteros de mi vida labrando dura tierra, sembrando, regando, escardando, segando, podando, etc., etc., todo ello con anterioridad á los tiempos actuales, en que he venido á ser un poquito *jardínero* y otro poquito *hortelano* en la villa de Valdemoro, de donde hace pocos meses me nombró *Patriarca*, en letras de molde, mi pícaro y buen amigo Alfredo Escobar, con gran asombro de las personas que todavía me tomaban por un muchacho.

¡Pues sí, mis queridos lectores! Yo he sido tan labriego como vosotros en los primeros años de mi varia y complicada existencia: yo he manejado mil veces la azada, el almocafre, la hoz y otros muchos instrumentos de labranza: yo he confiado el grano de oro del trigo ó el grano de topacio del maíz á la generosa madre Tierra, y la he visto devolverme al poco tiempo el ciento por uno: yo he sepultado un *hueso*, que es como quien dice el esqueleto, del albericoque ó de la guinda que me habia comido, y luego he visto brotar un verde ta-

llo por el agrietado suelo que cubria aquella fosa, y vestirse el tronco de hojas y flores y trocarse las flores en frutos tan bellos y tan ópimos como los del primer año de la Creación: yo he plantado el árido sarmiento que, andando los años habia de ser lujosa parra y darme fresca sombra y apretados racimos: yo he comido pimientos y tomates de las matas que planté y cultivé y cebollas y ajos y calabazas y pepinos sembrados por mí; y... ¿porqué no he de decirlo todo, (aunque tenga que acusarme de contrabando?) ¡yó he fumado tabaco de mi cosecha!

¡Yó he criado la preciosa planta, la he secado, la he prensado, la he arrollado, y, una vez enjuto el resultante cigarro casero, lo he encendido y me lo he fumado con el mayor gusto, bien que á escondidas..... no de la real Hacienda, sino de mis padres (q. e. p. d.)

Por que habeis de saber que apenas tendria yo nueve años cuando hacia todas estas cosas, es decir, cuando estaba dedicado en cuerpo y alma á la agricultura.—Poco despues entré en el Seminario no en busca de simientes, sino á estudiar latin: la lectura de los Clásicos me aficionó á las bellas letras y ¡adios mi azada! ¡adios mi almocafre! ¡adios mi huerta! ¡adios mis calabazas!—Ya tenia mayores cuidados: ya tenia que pensar en no recoger cosecha de estas cucurbitáceas cuando llegára junio con sus exámenes.

¡Mi huerta!—Mi huerta tendria seis varas cuadradas de extension, y constituia la décima parte de un corral que de nada servia (por haber otros mejor acondicionados para gallinas y demás animales comestibles) en el viejo y destatalado caseron que ya no puedo llamar *mi hogar paterno*.—Eramos diez hermanos..... como quien no dice nada y no habia local, ni juguetes, ni paciencia, ni oidos que bastasen á resistir nuestros juegos, reyertas y espíritu de destrucción. Desde los gatos que discurrían por los tejados hasta los conejos que tenían sus madrigueras bajo los cimientos de la casa: desde las mismas tejas y chimeneas del edificio y de los demás de la manzana hasta el agua misteriosa de los profundos pozos, todo sufría el incesante azote de aquellos diez guerreros, cuya edad se escalonaba entre dos y quince años, y cuyo único descanso era el pelear. ¡No se nos tenía por tan malos como los *cuatro* hijos de un nuestro vecino á quienes todo el barrio llamaba *los cuatrocientos*; pero, aun así, cabia en lo posible que, de no buscarse mejor empleo á nuestra vertiginosa actividad, acabáramos por destruir la casa en que habíamos nacido y por matar á disgustos á los padres que nos habian engendrado.

En tal aprieto, decidieron sus mercedes regalarnos en propiedad y en usufructo el mencionado corral sobrante, para que lo convirtiéramos en teatro exclusivo de nuestras hazañas é hiciésemos de él lo que se nos antojase, incluso levantar sus tapias hasta las nubes ó cavar su suelo hasta los antípodas, bien que aconsejándonos prudentemente que nos lo repartiésemos por lotes y que lo cultiváramos hasta convertirlo en una especie de jardín-huerta, cuyos frutos y flores perteneciesen de derecho al dueño de cada pedazo. A este fin, nuestros padres nos comprarían los necesarios instrumentos de labor y permitirían á los hortelanos y hortelanas mayores de ocho años sacar agua de los pozos con acetres de poco peso y con las debidas precauciones, dando además orden á un criado de regar la tierra de los minúsculos, quienes también podían arrendarla á sus hermanos más crecidos.

Con indecible entusiasmo y frenética alegría fué aceptada tan oportuna idea. Inmediatamente se dividió el corral en ocho lotes iguales, dejando en medio una calle para *vía pública*. Hicieron escrituras que sirviesen de título á cada cual. Redactáronse leyes y ordenanzas sobre huertos, riegos, servidumbres, etcétera, y ya en adelante no dimos á nuestros padres más trabajo que el de impedir que echásemos raíces en nuestra respectiva pertenencia. Todas las horas que nos dejaban libres escuelas y colegios, las pasábamos con el azadon ó el escardillo en la mano, ó sacando agua del pozo, ó haciendo estanques y acequias, ó construyendo poyos en el paseo que corría entre las dos series de huertecillas, ó pintando verjas en las tapias con almagra ó almazarron, ó labrando encañados para acotar cada propiedad y defenderla de los gatos, ó cambiando entre nosotros tales ó cuales frutos ó semillas, cuando no convidándonos recíprocamente á comer *sobre el terreno*, y hasta en la mata, las lechugas, las habas ó los pimientos que habíamos criado.— ¡Hubo allí agricultor que recogió más de una libra de algunas cosas!

Dicho se está que las primicias de cada cosecha eran llevadas solemnemente á nuestros padres, quienes las celebraban por todo extremo, dispensándoles la honra de disponer, como si fueran *frutos de verdad*, que se transportasen á la cocina y se sirviesen luego en la mesa, fritos, cocidos ó en ensalada correspondiente.—Ni dejó de suceder, sino que ocurrió en varias ocasiones, el que los muy amados de nuestra alma fuesen á ayudarnos por las tardes, ó los días de fiesta, en aquellas infantiles tareas agrícolas, ó sea á jugar con nosotros á labradores y hortelanos, pren-

dados al igual de cada huertecillo, por ser obra y llevar el nombre de un hijo de su corazón....

¡Oh! no quiero seguir... Comencé en broma á hablar de mis juegos de la niñez; y ya no caben las lágrimas en mis ojos...—Pasaron ¡ay! aquellos años... Los hermanos más pequeños fueron heredando las huertas de los mayores, según que estos iban cansándose ó yéndose del hogar paterno.—Uno murió, y su propiedad fué toda sembrada de siemprevivas.—Pronto no quedaron hortelanos que cultivasen riendo aquellas liliputienses fincas; y dos ancianos ya casi solos, tuvieron que cultivarlas llorando, mientras que sus hijos creaban nuevas familias en otras casas, ó recorrían el mundo, cargados con el fardo de tan santas memorias...—Apagóse, en fin, aquél hogar; murieron nuestro padre; secóse aquél jardín; ¡desapareció todo!—Mudáronse después los horizontes de nuestra vida, y por lo que á mi toca, ví á mi alrededor nuevos seres amados, otros niños, que no eran los mismos que jugaron conmigo en la casa paterna; pero que jugaban como nosotros...

—¡Eran mis hijos, no mis hermanos!—Eran estos pedazos del alma que han de sobrevivirme, como yo he sobrevivido á los que me dieron el ser. Así es que, al pensar en los años de mi infancia, paréceme que ahora vivo en otro mundo; pues de mi historia de niño y de agricultor, ya no me queda más que la dulce tristeza con que recuerdo alegrías tan inocentes, dichas tan puras, placeres tan benditos!...

Digo mal: ¡también me queda este amor al campo y este culto á la naturaleza, de que dan testimonio mis pobres obras literarias; culto y amor que profeso asimismo á cuantos viven en íntimo contacto con la madre Tierra, depositaria de las cenizas de mis padres, que en plazo no muy remoto lo será también de las mias!

P. A. de Alarcón.

ORIGEN DE LAS TRUFAS.

ANTES de entrar en materia, bueno será que aconsejemos á los aficionados á este tubérculo, que se abstengan de leer estos apuntes sobre todo si son algo escrupulosos, pues si desoyen nuestro desinteresado consejo, están expuestos á sufrir un amargo desengaño que les haga cobrar hácia las trufas una aversión tan marcada como grande fué antes su afición.

Hecha esta importante advertencia á guisa de exordio, y en descargo de la responsabilidad que pudiera cabernos por destruir una de las aficiones más predilectas de los que alardean de buen gusto en el comer, seámos permitido explicar el título de este artículo, que no pocos han de calificar cuando menos, de extraño, hasta tanto que conozcan las razones que nos asisten para hablar de las trufas con este epígrafe, que no por parecer raro, es menos racional.

Considera el vulgo á la trufa como un tubérculo de la misma naturaleza que la patata, aunque mucho más fino y de sabor más delicado, al que por esta razón y por la poca abundancia en que se encuentra, se la ha declarado por la gente *chic* el *non-plus* de los manjares dándole un valor con frecuencia exagerado.

Describen los botánicos la trufa considerándola como un hongo subterráneo de periodo casi globoso, sin raíz, siempre cerrado, venoso-marmoleado interiormente; esporidios pequeños, globosos, membranosos, pediculados, mezclados con las venas.

Se conocen ocho variedades, pero la más apreciada es la negra, así denominada por el color jaspeado que presenta á causa de ciertas ramificaciones de un color rojizo y blanco. La trufa gris cambia pronto su color blanquecino en pardo ceniciento. La violeta ostenta el color violado, así en la superficie como en el interior, y finalmente, la que se produce en el Piamonte es blanca y exhala un olor que recuerda al ajo. Pasamos por alto el estudio detenido de cada una de las variedades de trufas mencionadas, porque sobre no ser este nuestro propósito, tendríamos necesidad de alargar en demasía estos ligeros apuntes.

No pocos han ensayado el cultivo de las trufas de un modo análogo al de la seta, sin que nadie haya conseguido el más pequeño resultado; y es natural que haya sucedido esto, teniendo en cuenta que según Mr. Pronper Combes, la trufa no es un vegetal, y si tan solo el resultado de la alteración de algunas raíces de las encinas, principalmente de la especie común.

Es decir, que la trufa es una escrescencia, una hipertrofia vegetal que se produce sobre las raicillas jóvenes y superficiales de la encina verde (*quercus ilex*) poco después de picar en ellas, para depositar los huevos, un insecto de color oscuro y desprovisto de alas, perteneciente al orden de los himenópteros algo parecido por su color y su tamaño (tres milímetros) á la hormiga común de los campos.

Este pequeño insecto reside con preferencia en aquellos terrenos en que además de vegetar

el árbol citado sean de naturaleza silíceo-calcareá, y ricos en sustancias vegetales en descomposición, es decir, terrenos permeables y fértiles que son precisamente los parajes en que únicamente se encuentran trufas.

Por los meses de Mayo ó Junio, es decir, cuando la vegetación está en todo su apogeo, el insecto que nos ocupa procede á su reproducción y elige para depositar los huevecillos, una raíz de las más superficiales en la cual practica un pequeño agujero dentro del que deposita hasta veinte microscópicos huevos mezclados con un líquido especial. Interrumpe la circulación en esta raicilla y quizás con ayuda del líquido en que están como sumergidos los gérmenes, bien pronto se manifiesta un pequeño abultamiento ó tumefacción que aumenta paulatinamente de volumen hasta el momento en que se atrofia la raicilla enferma, por esta escrescencia, que en resumen no es más que el cuartel de invierno de la veintena de larvas en que más tarde se han de transformar los huevos. Esta tumefacción se separa de la raíz de que procede y constituye la Trufa.

Tan cierto es esto, que si observamos al microscopio una trufa partida en dos mitades, veremos que dentro de cada célula existe ó un huevecillo ó una pequeña larva, las cuales al final de Junio se transforman en otros tantos insectos perfectos que salen de su prisión practicando galerías en distintas direcciones desde, cuyo momento la trufa empieza á descomponerse perdiendo su forma y color.

De lo dicho, se desprende que siendo tan conocida la trufa en casi todos los países, el insecto que la produce es muy abundante, y en efecto, su presencia se puede comprobar siempre allí donde se presenta aquel *falso vegetal*.

El hecho es nuevo, pero nada extraordinario, pues otro insecto muy parecido al citado, también himenóptero y como aquel, aptero, produce con su picadura otra escrescencia muy semejante al de la trufa, pero de otro color, y oscura sobre las raicillas de *Quercus Robur* (Roble común). Esta otra trufa es de color verde y está desprovista de aroma y sólo es comestible por los animales después de su desecación, pero presenta en su interior las mismas divisiones, y los huevos que aloja sufren las mismas transformaciones y en épocas análogas.

He aquí lo que es la decantada trufa de que tantos elogios hacen los gastrónomos. ¡Un zurrón de insectos!

Zerabla.

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Bezito. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Picatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volumen=5 pesetas.—Dector Fourquet.—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavia.—4—Madrid.

Libro Nuevo.—*Borronec ejemplares por D. Manuel Polo y Peyrolón.* Con licencia del Ordinario se acaba de publicar esta miscelánea de artículos amenos, moralizadores, y variados, formando un volumen de 400 páginas en 8.º francés, elegantemente impreso, con viñetas y tipos elzevirianos y cubierta y antecubierta á dos tintas, sobre papel satinado. Al precio de diez reales se vende en las librerías de Tejado, Arenal, 20; Aguado, Ponteijos, 8; y Olamendi, Paz 6.

Sacramento y concubinato.—Novela original de costumbres contemporáneas contra el llamado matrimonio civil, por D. Manuel Polo y Peyrolón, individuo de las academias española de la Historia, romana de Santo Tomás de Aquino, y francesa de Mont-Real, con un prólogo del insigne y popular escritor vascongado D. Antonio de Trueba.—Un tomo que consta de más de 300 páginas, lujosamente impreso, que acaba de publicarse y se vende á 10 reales en la librería de Martí, calle de Zaragoza, 15, Valencia. El autor, (En-bou, 7 2.º) lo remitirá también á correo vuelto á todo el que lo pida, acompañando su importe en libranzas ó sellos de 15 céntimos.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias, 3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

La casa tipográfica editorial de D. Gregorio Estrada, calle del Dr. Fourquet—7—Madrid, sostiene las siguientes publicaciones:

1.º La «Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada» de la que lleva publicados 75 tomos, y 10 que tiene en prensa de Manuales originales de Artes, Oficios é Industrias; de Agricultura, Cultivo y Ganadería, y Científicos de aplicación á todos estos ramos, por el ínfimo precio de una peseta en rústica por suscripción; precio desconocido en España hasta hoy en esta clase de obras.

2.º La «Revista Popular de Conocimientos Útiles.» única de su género en España, cuyo título indica ya su utilidad é importancia.

3.º El «Correo de la Moda» periódico consagrado á las Señoras, que cuenta treinta y cuatro años de existencia, único que da «patrones cortados» y el más barato y útil para la familia,

4.º El «Correo de la Moda» periódico para los Sastres, que cuenta también treinta y cuatro años de vida, y único en España que da figurines iluminados, patrones cortados y plantillas hechas al décimo del tamaño natural, para que éstos no duden cómo han de cortar las prendas.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel. por D. Mariano Sanchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véase á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Gran suscripción musical. la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín=Corro 4=Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro=San Esteban=5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas más conveniente á las familias y más económico.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

Persianas.—Solidéz. Elegancia. Baratura.—Estando en la estación más apropiado para la adquisición de las mismas, Nazario Ibañez, representante en esta Capital de la gran fábrica Valenciana, sin competencia, lo anuncia al público, advirtiendo que dadas las condiciones del tejido y madera que las constituyen resultan de muchísima mas duración y bastante más económicas que los toldos ó esteras.

Precio, en Teruel, á 10 céntimos de peseta el palmo cuadrado.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

Don Quijote de la Mancha.—Un solo volumen de 372 páginas.—5 reales para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA.

Elixir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel:—Imp. de la Beneficencia.